

# EL MOTÍN

Año XXXVII

Madrid, Jueves 20 de Septiembre de 1917.

Número 34.

**EL MOTÍN**  
PERIODICO SEMANAL  
CON 8 PAGINAS Y CARICATURAS  
Se publica los jueves

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN  
ALBERTO AGUILERA, 52, MADRID

## PRECIOS DE SUSCRIPCION

Madrid y provincias, 1'50 pesetas trimestre, 3 semestre, 6 año.—Ultramar y Extranjero, 10 pesetas año.—Pago adelantado.—Corresponsales, 1'50 pesetas 25 números.—Número suelto 10 céntimos.

Los suscriptores directos tendrán derecho á recibir cuanto se publique en esta casa, con el 25 por 100 de rebaja.

## Los malos pastores (1)

Reflexiona, Fabio, en esta coincidencia cientos de miles de hombres hay en España sin trabajo; cientos de millones hay en la cuenta corriente del Banco de España. Y ahondando en ello, acaso te des cuenta de la razón de muchas sinrazones y de la positiva realidad de muchas aparentes paradojas. Cómo emigran los españoles de un territorio que podría mantener triple población de la que le ocupa. Cómo vive un pueblo en la miseria sobre un suelo que oculta un tesoro. Cómo se van los laboriosos y vienen los holgazanes. Por virtud de qué motivos España exporta juventud, vida, trabajo y energías fecundantes, é importa ociosidad, esterilidad, quietismo, perjuicios y muerte.

Tomad esos cientos de millones y empleadlos, con probidad, con inteligencia, con solicitud, en empresas útiles, riegos y abonos, escuelas y caminos, bancos agrícolas y sociedades mercantiles, roturación de yerros ó explotaciones mineras. El capital recogería su beneficio. La riqueza pública aumentaría. Cuantos carecen de pan y trabajo, encontrarían trabajo y pan. No puede ser. A ello se opone la arbitraria voluntad del dueño, que quiere que esos millones permanezcan inactivos sin provecho para nadie. Es una prerrogativa del derecho de propiedad. ¡Singular organización económica que permite á los ricos decretar el hambre de los pobres, llama derecho al perjuicio ajeno y autoriza al capricho

para efectuar el divorcio del capital y el trabajo, impidiendo entre ellos la cópula fecunda de la producción!

El economismo clásico incurrió en un enorme extravío. A fuerza de exaltar las excelencias del interés individual, llegó hasta á consagrar el egoísmo. Prescindió de todo elemento ético. Quiso hacer de la economía una ciencia amoral como la astronomía ó la mecánica. Esos principios han dado sus frutos. Si Adam Smith ó Bastiat ó Juan Bautista Say levantaran la cabeza, ¿no reconocerían su yerro? La pretendida armonía de los intereses se ha transformado en tremenda lucha de clases. La libre competencia á ido á parar á los monopolios de los trusts. La esperada nivelación de las condiciones sociales, es hoy contraste irritante, abismo insondable entre la opulencia y la miseria. Eso ha hecho donde quiera el egoísmo ilustrado, activo, emprendedor de la moderna burguesía. ¡Cuál no habrá sido la obra del egoísmo torpe, menguado, sin horizontes propios de aquellos países en que la riqueza del bolsillo va casi siempre emparejada con la pobreza del espíritu!

¡Ah, pastores del rebaño español, ciegos, guías de ciegos, qué labor la vuestra! Habéis dejado estériles todas las fuentes de riqueza. Habéis limitado vuestra función social al cómodo oficio de cortar el cupón. Habéis consentido que el capital extranjero viniera á explotarnos y á hacer de nuestra miseria granjería. Hicisteis del presupuesto—Maura lo ha dicho—vuestra lista civil. Rehusásteis pagar los impuestos, cuando por ley, cuando por trampa, el Estado ha sido vuestro monopolio. Organizásteis en vuestro provecho justicia y administración. Erigísteis en orden social el caciquismo y la oligarquía. Dejásteis al pueblo sumido en la ignorancia. Con arte diabólico hicisteis vanas para él todas las libertades públicas. Mediante el favor habéis practicado la eliminación de los buenos y la selección de los peores. La ley fué vuestro juguete. Llevásteis á la nación al desastre, y en la guerra originada por vuestras concupiscencias, negásteis á la patria el concurso de vuestros hijos. De artificio habéis enfermado á la moneda y de artificio engendrado el hambre. Avaros para toda empresa noble y patriótica, sólo habéis sido pródigos para subvencionar á los artífices de tinieblas que os

ofrecían, tras los gozes de esta vida, la felicidad de ultratumba.

Yo creo con Giner, con Costa, con Unamuno, con Morote, con Altamira, con Posada, con todos cuantos aquí saben juntamente pensar y sentir, que el problema de España es un problema pedagógico y que la regeneración de la Patria ha de proceder de la escuela. Pero no de la escuela donde se han formado nuestras misérrimas clases directoras. Con ser el analfabetismo un mal tan grave, todavía no ha sido el más grave de nuestros males. En nuestros desastres ha tenido la ignorancia una función pasiva. No los ha ocasionado; solamente los ha hecho posibles. Los causantes de nuestros infortunios sabían todos leer y escribir. Hace falta una escuela donde no sólo se enseñe el alfabeto, una escuela que sea ante todo y sobre todo fábrica de caracteres, productora de conciencias, taller donde se forjen hombres. ¿Es posible crear aquí una escuela semejante? Hay que intentarlo. Si no se logra, estamos perdidos.

ALFREDO CALDERON

## DESESPERACIÓN

La viejecilla, la pobre viejecilla arrugada se sintió dichosa al contemplar al niño hermoso á quien todos hacían fiestas, á quien todo el mundo quería agradar; al sér delicado, tan frágil como ella, como la pobre viejecilla, y, como ella también, sin dientes y sin cabellos.

Y queriendo sonreírle y hacerle gestos agradables, se aproximó á él.

Pero el niño, el niño hermoso se mostraba asustado, y llenaba la casa con sus gritos de disgusto y de repulsión ante las caricias de la buena mujer decrepita.

Entonces la pobre anciana se refugió en la eterna soledad y llorando también se dijo á sí misma:

«Para nosotras, desgraciadas hembras viejas, ya pasó la edad de agradar ni aun á los inocentes. Nosotras horrorizamos aun á los sáres pequeñitos á quienes deseamos amar.»

CARLOS BAUDELAIRE

El colmo de la galantería:

El verdugo, indicándole al reo el sitio donde ha de expiar sus crímenes, exclama:

¡Siéntese usted!

El reo, saludando cortesmente:

—No, usted primero.

(1) Artículo publicada en EL MOTÍN el 20 de Enero de 1906.



## LA POBREZA (1)

Jesucristo la predicó, los santos padres la elogiaron, los papas la bendicen, abre las puertas del cielo, y sin embargo, nadie quiere sufrirla.

La riqueza en cambio ha sido anatematizada por moralistas y filósofos, sabios y pontífices: es origen de cuidados en este mundo y causa de perdición en el otro, y a pesar de estos inconvenientes, todos, absolutamente todos la buscan, sacrificando, quién el reposo, quién la honra, quién la vida.

Esto consiste sin duda en que se exageran las ventajas de la una y las desventajas de la otra. Si se comprendiera bien los goces que la pobreza proporciona, los ricos renunciarían a su fortuna por disfrutarlos.

Nace el pobre, y se ve libre de importunos que celebren sus gracias infantiles, le acaricien y le mimen, evitando así que la pícara vanidad invada más tarde el lugar destinado a la mansedumbre y humildad cristianas.

Crece, y se burla de los higienistas que han escrito tantos volúmenes probando que la buena alimentación y el buen régimen contribuyen al desarrollo del hombre.

Trabaja desde niño, no para subvenir a sus necesidades, que eso fué ra pecar de exigente, sino para obedecer el mandato de la previsora Providencia que le condenó hace siglos a expiar una falta que no había podido cometer.

Llega a los veinte años, le toca la suerte de soldado, y empuña el fusil para defender los intereses sociales, en tanto que el rico renuncia por un puñado de vil metal al derecho de quedar tendido gloriosamente en el campo de batalla.

Durante el servicio lleva leña de la Provisión y palos del cabo, aprendiendo así a dominar sus instintos naturales, mala levadura que el hombre guarda en un rincón llamado vulgarmente de la dignidad.

Cumple, torna a su pueblo y recibe la noticia de que sus padres, víctimas de la miseria, se hallan gozando de la presencia divina, que es la felicidad suprema, según le dice el cura al guardarse la cantidad que le entrega para bien de sus almas.

Empieza de nuevo a trabajar; se casa; tiene hijos que recuerdan los tiempos primitivos; pide y no le dan, llama y no le atienden, busca y no halla, a pesar de las afirmaciones del Evangelio; se ve oprimido, vejado, explotado; sus hijos siguen el camino que él siguió, y ya viejo, inútil y débil expira, creyendo en la justicia de un Dios justo y amoroso que manifiesta su amor y su justicia de tan diversas e incomprensibles maneras.

Esto tratándose del pobre que no se

(1) El primer artículo que llamó la atención sobre mí firma cuando entré en *El Globo*, literario entonces.

instruye, que no piensa, que no razona; si se permite esos lujos alcanza duplicadas venturas.

Puede elegir, después de perder el tiempo en terminar una carrera que le sirve para bien poco, la profesión que más le cuadre entre las de memorialista, escribiente ó escritor, profesiones que le dan derecho a seguir la moda de A. lán en el vestido, la de Diógenes en la vivienda y la de San Pablo en la alimentación, aunque sin cuervo.

Si siendo escritor cae en la tentación de ser político, pasa por vividor si se afilia a los partidos conservadores, ó no vive si forma en las filas de los avanzados; sacrifica su porvenir a una estéril consecuencia, pero le queda la envidiable satisfacción de motejar, con la intransigencia propia de las conciencias limpias, las botas sucias y los estómagos vacíos, a los que siguen la huella del éxito.

Si incurre en la vulgar manía de que el pobre puede ser honrado y ajusta a ella sus actos, se ve puesto constantemente en ridículo; que nada lo es tanto como un hombre hablando de honradez con el sombrero abollado y el traje raído.

Una antigua frase prueba que la cualidad de pobres es contraria a la honradez: «pobre, pero honrado», es decir, honrado a pesar de ser pobre; la conjunción significa que la palabra pobre, aisladamente, excluye toda idea de honradez, y es necesario advertirlo cuando casualmente concurre esa circunstancia.

Si el deseo es la vida, como alguien ha dicho, el pobre vive más que el poderoso, pues no teniendo nada todo en él es de eso, máxime cuando nunca satisface ninguno.

No tiene que inquietarse por el porvenir, pues la administración, generosa y caritativa, se lo brinda seguro en San Bernardino, el hospital ó la cárcel, si no prefiere un porvenir de Viaducto, tan asequible a todos.

Cuando llega a viejo, y por haber creído que las palabras dignidad, deber, consecuencia, tienen en la vida práctica el significado que el Diccionario les da, se ve más desatendido, más despreciado, más olvidado, todavía le queda el consuelo de pensar en la eterna condenación que aguardaría a los que de distinto modo las interpretan si al fin resultare cierto lo de la otra vida.

Expira sobre un miserable camastro, pero aún entonces puede gozar con la idea de que sus restos serán descuartizados en la sala de disección del hospital para progreso de la ciencia, y que después el bienhechor olvido extenderá eternamente su sombra benéfica sobre su tumba.

¡Oh pobreza, pobreza! Virtud, según unos; santidad, según otros... Tú, alabada por los que no te cono-

cen ó por los que temen que tus víctimas te conozcan demasiado; compañera inseparable de la angustia, el dolor y el desprecio, cuando no el crimen... Cobija bajo tus negras alas á cuantos te elogian y poetizan á fin de que disfruten las satisfacciones que proporcionas y de las cuales desinteresadamente se privan; estréchalos en tus descarnados brazos, que ahogan al abrazar, para que comprendan lo sofocante de tus caricias; indícales con tu fría mirada el camino que han de recorrer. Y si después de esto persisten en elogiarte, y te aman, te bendicen y voluntariamente militan en tu bando, entonces, y sólo entonces tendrán derecho á juzgar los actos de los que nunca lograron verse libres de ti.

JOSÉ NAKENS

1877

## EL COMICO

Hoy, cuando nadie se interesa por nadie, el cómico despierta gran interés. Es el que tiene el don de apasionar la curiosidad en un tiempo en que ni apasionan los hombres ni las ideas.

Desde el príncipe de casa real que le visita en su cuarto, hasta el pilluelo que examina su retrato en los escaparates, todo el mundo, á coro, canta las glorias del cómico. Mientras que un artista ó un escritor emplea veinte años de trabajo, de miseria y de ingenio en sobrenadar entre la muchedumbre, él, con sólo una noche de muecas y ademanes ha conquistado la tierra. Entre el ruido de las aclamaciones pascas, como rey absoluto, su cara llena de colorete, y exhibe sus trajes de Carnaval y sus impudentes fatuidades. Y el cómico es rey de hecho. Con la madera podrida de las tablas se ha edificado un trono, ó más bien se le ha edificado el público. Y allí se pavonea insolentemente, ciñendo su corona ridícula de carón pintado. Este sér, arrojado en otro tiempo de la vida social, se ha apoderado hoy de toda ella.

No basta la popularidad con que se le honra, las riquezas con que se le abruma. A cambio de los desprecios antiguos se le hacen honores nacionales; y hemos llegado á tal punto de irremediable rebajamiento, que, escatimando la recompensa á otros merecimientos mucho más positivos, colgamos una cruz del pecho del histrión.

Se acusa á los periódicos de esas proporciones desmesuradas que han dado al cómico... «Vosotros tenéis la culpa», se nos dice. Este es un error. El público es la causa de todo; el público es quien desea tener datos, no sólo sobre la manera con que representan sus papeles, sino sobre sus intimidades... Quiere verlos en la escena y verlos también en su casa; Se siente atraído hacia el cómico como hacia cosa que deja un misterio detrás de sí.

Percibe en él un perfume de vicio desconocido, á la vez delicioso y formidable. Las irregularidades, las relaciones íntimas, las promiscuidades de la vida de teatro, todo esto le turba de una manera extraña. Y pide que se levante una punta del velo que le oculta los soñados misterios...

¡Es también culpa de los periódicos



que el público se arroje durante trescientas representaciones en una misma sala de teatro para aplaudir, cubriendo de flores, á una cantatriz de malísima voz, pero que sabe encontrar en la palabra más sencilla una obscenidad que recrea á los espectadores?

Claro está que no me refiero al cómico humilde, al pobre cómico, flaco y amarillo, sin teatro ni papel, que arrastra de café en café su miseria, sus pesares de ayer y sus esperanzas de mañana. Hablo solamente del verdadero cómico, del gran cómico, que se llama á sí mismo *artista*, á quien las mujeres escriben cartas de amor; el que presenta la sociedad, no como á un asalariado, sino como á una visita de lujo de que el visitado se enorgullece; el cómico que gana cien mil francos por año como un presidente de la Cámara, y al que la crítica complaciente consagra cada semana tres columnas de folletín ensalzando sus talentos variados, su voz genial, su ademán sublime; el cómico, en fin, que ocupa en la vida un puesto que no le pertenece, y que todo el mundo por una aberración de la responsabilidad social, se esfuerza en hacer aún más bello y seductor...

¿Qué es el cómico? El cómico, por la naturaleza misma de su oficio, es un sér inferior... De este momento en que se presenta en las tablas, hace abdicación de su cualidad de hombre. No tiene ya ni su personalidad, lo que el menos inteligente posee siempre, ni su forma física. No tiene ni lo que tienen los más pobres, la propiedad de su rostro. Todo esto no es ya suyo, todo esto pertenece á los personajes que está encargado de representar. No solamente piensa como ellos, sino que debe andar como ellos; no sólo debe empaparse en sus ideas, sus emociones y sensaciones, sino que debe vestirse sus trajes, fingir sus arrugas aunque él sea joven, su belleza siendo él feo, su fealdad siendo él bello... No puede ser ni joven, ni viejo, ni enfermo, ni gordo, ni flaco, ni triste, ni alegre...

Un cómico es como un cornetín ó una flauta: hay que soplar desde fuera para arrancar un sonido. He aquí á qué se reduce exactamente el papel de cómico—ese cómico á quien se aclama, á cuyos pies se arrastran arrodillados empresarios y público, como ante un ídolo—al papel inerte y pasivo de un instrumento.

¿Habéis visto pasar alguna vez un cómico enfermo? Está pálido, y su mirada melancólica revela el sufrimiento; camina inclinado, vacilante como un tísico. ¡Pobre diablo! Da pena verle; su aspecto conmueve; se tiene hacia él esa piedad compasiva, esa especie de respeto que inspiran aquellos que se van, aun á los más escépticos y duros de corazón... ¡Pobre diablo!

Pero vedle por la noche en su cuarto vistiéndose para la representación; frascos de todas clases colocados en fila delante de él; á derecha é izquierda sólo se ven pelucas rojas, blancas ó negras; objetos llenos de polvo; aquí y allá lápices, puros y brochas. Vedle ante el espejo: ese tísico, que acaso habrá muerto dentro de un mes, retoca sus demacradas facciones en medio de los extremecimientos de la tos y de los juramentos; surca su rostro, marcado ya por el sufrimiento, con rojos trazos; coloca sonrisas estúpi-

das en el extremo de sus labios lívidos; pinta con bermellón sus mejillas, y después, abierta la boca, los ojos entornados, separadas las piernas y el puño en la cadera, se contempla encantado, canta cualquier cosa, se felicita del efecto que va á producir, y lleva su enfermedad al Carnaval como una mujercilla cualquiera. La piedad que os había inspirado se convierte en desprecio, y la pálida y dolorosa visión del enfermo que marcha lentamente, encorvándose, hacia el sepulcro, toma un aspecto odioso y repugnante de pesadilla.

¿Habéis visto pasar alguna vez un cómico viejo? Vacila sobre sus piernas y se apoya pesadamente en el bastón; va limpio y cuidado, sus cabellos están muy blancos, y en sus ojos parece que brilla una luz, esa luz de los buenos viejos de que habla Víctor Hugo; dan ganas de descubrirse ante ese cortejo de años que desfilan.

¡Pobre anciano!

Vedle por la noche en escena, grotesco, espantoso; su corona de blancos cabellos se levanta en ridículo tupé; brilla en sus ojos un fulgor lascivo, la mirada del libertino impotente, y sus piernas, que apenas pueden sostenerle, se sacuden y ensayan un paso de cancan.

El cómico deshonra las dos cosas más santas y respetables: la enfermedad y la vejez.

El cómico no puede sufrir. Si observa un dolor, es con el objeto de reproducirlo fielmente sobre las tablas.

Figurémonos que ha perdido á su esposa ó á su hijo. El cadáver está allí, en la habitación; colocado sobre un lecho que alumbra cuatro blandones. Una gran pena asalta al cómico; pero de pronto pasa por delante de un espejo y se observa detenidamente. ¡Ah! ¡qué cambiadas están sus facciones! Sus lágrimas han señalado debajo de los ojos un surco rojo, y su labio está plegado por el dolor.

Observa todo esto y vuelve á plegar sus labios, á descomponer sus facciones, á velar sus ojos y á hinchar sus pupilas. Todo esto está muy bien; ha encontrado un efecto. ¡Cómo le aplaudirán mañana! El cómico deshonra el sufrimiento.

He aquí lo que el cómico llama su arte, ese oficio horrible y vergonzoso para el cual no tenemos bastantes aplausos, bastantes flores y bastantes coronas; ese oficio por el cual toda la vida de una gran ciudad se pone en movimiento, y en cuyo honor vemos hoy levantar estatuas, palacios y panteones.

Mientras más se rebaja y descende el arte, más se eleva el cómico. Cuando en la época de mayor grandeza de Grecia, á la luz del día, el pueblo aplaudía entusiasmado el genio de Sófocles, el cómico nada era; desaparecía ante la grandeza de la obra; hoy el cómico lo es todo; la obra es su cautiva. En épocas de decadencia, no se contenta con ser rey en la escena; pretende también serlo en la vida. Y como lo hemos destruido todo, como hemos destruido las más santas creencias y roto todas nuestras banderas, izamos al cómico en la más elevada de las jerarquías, como la bandera de nuestra descomposición.

OCTAVIO MIRBEAU

## Tarea misteriosa

Las doce. Es la hora en que el sol de invierno, tan raro, se digna mostrar un poco su radiante faz; la hora del día en que mejor se siente la alegría de vivir.

A esta hora se despiertan los ricos y voluptuosos, se estiran en su perfumado lecho y piden un ligero desayuno.

A esta hora los burgueses, los comerciantes, los empleados, ponen tregua á sus pesadas tareas y descansan con los codos sobre la mesa, ante los humeantes platos y los vasos llenos.

A esta hora los obreros, sentados también ante las toscas mesas de los bodegones y tabernas, hacen los honores á una caliente sopa y á un frugal cocido.

Es el mediodía, la hora de comer mirando al sonriente sol de invierno; la hora del reposo y la alegría.

¿Quiénes son, pues, los desgraciados, los parias, para quienes, por el contrario, esta hora es el término del reposo y el comienzo del trabajo? ¿A dónde van tan febriles? ¿Qué misteriosa tarea van á emprender?

Hélos ahí, deslizándose rápidamente á lo largo de los muros, con sus descoloridos rostros y sus ojos medio cerrados, como si temiesen á la luz. Van de prisa. Se conoce que andan retrasados. Algunos corren.

Allí, en aquella negra é imponente morada, se abre una puerta semejante á una madriguera de conejos, y van entrando uno á uno los desgraciados. Entran con paso seguro, como acostumbrados á andar en la oscuridad, y así debe de ser, porque entran en un local más oscuro que boca de lobo.

Siguen largos y tortuosos corredores, suben y bajan escaleras húmedas de paredes viscosas. Caminan por un subterráneo.

Es una cueva, una caverna, ó un templo de trogloditas el sitio en que se encuentran? ¿Quién lo sabe! Una enorme bóveda deja en toda su oscuridad aquella sala inmensa, desierta, silenciosa, polvorienta, que hace pensar en una cripta perdida en las catacumbas.

Allí llegan todos, siempre furtivos y cada vez más pálidos bajo la débil claridad de algunas lámparas que iluminan siniestramente aquel sitio de desolación.

¿Porqué vienen aquí? ¿A livinadlo si podéis. Pero al verlos, al oírlos, parece sencillamente que se trata de una reunión de locos y locas en pleno acceso de demencia.

Van y vienen á grandes pasos, gritan, lloran; después estallan repentinamente en carcajadas; luego se amenazan, se perdonan. Y siempre termina esto con algún crimen. ¡Una pobre mujer asesinada, un miserable que se mata á puñaladas!

Hasta parece que este crimen final es su principal ocupación, porque muchas veces, cuando cae la víctima, se oye alguno que grita:—¡Eso no es así!

Y, en efecto, parece que todos están conformes en que no ha matado bien ó en que el muerto no lo ha hecho á conciencia. Y entonces puede verse al asesino cómo se encarna nuevamente en su víctima, la que vuelve á tomar fuerzas para retorcerse mejor entre sus sufrimientos. Entonces todos se ponen contentos.

¿Quiénes son, pues, estos monstruos?



¡Qué abominable sacrificio acaban de consumir en este subterráneo?

¡Ah! terrible cosa debe ser el fanatismo, para haber podido turbar hasta tal punto los cerebros de estos infortunados, para haber borrado en ellos todo sentimiento humano!...

Porque ellos no tienen ningún interés en el crimen que cometen. No es para robar ni para vengarse; es por pura devoción a su dios. Es por virtud por lo que llegan a cometer estas escenas dignas de fakires insensatos.

Ni siquiera tienen aspecto de ser malas gentes, cuando se les considera fuera del momento en que el furor del éxtasis los desfigura. Lejos de ello, parecen más bien dulces y hasta cariñosos.

Las mujeres son amables y complacientes, y apenas hay una cuyos ojos no reflejen la llama del amor.

Los hombres son alegres compañeros, bromistas y decididos.

Sin duda deben ser una especie de sacerdotes en cuyos afeitados rostros no puede leerse la hipocresía.

¡En sus afeitados rostros!... Ya habéis adivinado ¿verdad?

Pues bueno, sí; esas gentes que se encierran misteriosamente a la hora en que los demás van a tomar el aire; que pasan la tarde en las tinieblas, entre mecheros de gas, gritando, riendo, llorando, insultándose, destrozándose; que por la noche, para descansar, empezarán a gritar, a reír, a llorar, a insultarse, a destrozarse de nuevo, y esta vez en plena luz, bajo una luz que ciega y ahoga; esas gentes que llevan esa vida de presidiarios, esas gentes son los pobres de quienes se dice: ¡Oh, los cómicos! ¡Llevar una vida!...

Apenas se levantan, almuerzan de pie, corren a ensayar de doce y media a cinco, comen de pie, trabajan de ocho a doce de la noche, toman un bocado, se acuestan con la fiebre de una batalla cotidiana, despiertan para hacer el mismo trabajo durante el día, y corren de nuevo al teatro a toda prisa. ¡Vamos, señores; á escena!

¡Pobres gentes!... ¡Yo las adoro!

JUAN RICHEPIN

## Andando por Madrid

### La incautación de la fábrica del gas

No siempre hemos de escribir censuras; la crónica de hoy es de felicitación, de enhorabuena. Felicitación al alcalde y concejales que han acordado la incautación, enhorabuena al público, que tendrá municipalizado un servicio y muerto un monopolio.

Este es un verdadero primer paso de regeneración, pero sin limitarlo a función de gran espectáculo. Es preciso que persista la idea; que el Ayuntamiento defienda con tesón y constancia la posesión de la fábrica; que alcalde y concejales se preparen para la huelga que inmediatamente surgirá.

La Compañía recurrirá en alzada del acuerdo, sus consejeros y abogados se pondrán en campaña, acudirán a sus influencias y a procedimientos más o menos rectilíneos para conseguir no se les escape el momio que obtuvieron el año 14. No faltarán ar-

tículos en los periódicos, censurando al Ayuntamiento y justificando con textos legales los derechos de la Compañía... Los derechos del pueblo ha de defenderlos el Consejo con tanto interés como el que puso en la incautación.

Aunque suponemos a los concejales enterados de cuanto ocurrió el año 14, bueno será recordar que en aquella época se hizo por cuenta de la Cooperativa ELECTRA un notabilísimo proyecto de alumbrado para Madrid por el ingeniero D. Luis de la Peña y el arquitecto D. Mauricio Jalvo, pero una vez terminado vino el arreglo entre las Compañías de luz eléctrica y gas, y nadie se volvió a acordar de él.

Ignoramos el pacto que hicieron las Compañías, pero sabemos positivamente que el salto del Canal de Lozoya, que produce seis mil kilowatts, se da a las Compañías a seis céntimos para que lo revendan a 60; sabemos que con esos seis mil kilowatts podría darse el alumbrado de Madrid ahorrando al Municipio los uno y medio millones anuales que paga al que sabemos... Pero ¿a qué molestar a los lectores repitiendo lo dicho ya en EL MOTIN el 5 y 12 de Febrero de 1914?

A quienes interese pueden verlo allí; lo que ahora queremos hacer notar es que si el Ayuntamiento municipaliza también el Canal de Lozoya (que es en parte del Estado y en parte del Ayuntamiento), podrá conseguir una economía de 1.800.000 pesetas que cuesta el gas, mas otro millón y pico que produce el Canal, y en estos tiempos de economías *no son despreciables tres millones de pesetas, el diez por ciento del presupuesto municipal.*

JUAN PEREZ

## Cine clerical

### Ciento por ciento

—Mire usted, P. Pedrusco, que se lo pido con mucha necesidad

—¡Hum! Todos dicen lo mismo... Eso ya lo supongo. No creas que pienso que vienen a mí por gusto... Pero, hija, yo soy pobre, vivo al día, no tengo dinero para esas cosas.

—Vamos, no diga usted eso; yo sé que a Doña Antonia la dejó usted mil pesetas el año pasado, y a Don Tadeo trescientos duros.

—No eran míos; eran de una señora piadosa y caritativa que tiene esa virtud de hacer préstamos a las personas necesitadas.

—Pues pídale usted también para mí.

—Es que esas personas tenían garantías; no creas que el dinero se da

así como así. ¡Bonitos están los tiempos para estas caridades!

—Yo sólo necesito cincuenta duros.

—Sí, mil reales, como el que no dice nada... ¿Y cuándo los devolverías?

—Pues dentro de un año, cuando cobremos las rentas de aquellas tierras que tenemos en Chinchón.

—¡Un año! ¿Tú sabes lo que pueden producir cincuenta duros en un año, bien manejados? Pues otros cincuenta: el doble.

—Yo no me niego a dar un rédito razonable.

—Ya te he dicho que lo razonable es el doble... Ya comprenderás que dado caso que yo los tuviera, y quisiera hacerte ese favor, no me iba a privar por tu linda cara de ganarme otros cincuenta.

—Pero, Padre, eso es una usura.

—Es un negocio, hija, como otro cualquiera... Además, nadie te pone un puñal al pecho para que los tomes.

—Me lo pone la necesidad, el apuro en que ahora estoy.

—De eso yo no tengo la culpa... Y dime, ¿cuánto valen esas tierras de Chinchón?

—Unas ocho mil pesetas mal contadas.

—Ya será mucho menos; tierras de labranza, y por esos puebluchos se compran a puñados por cuatro cuartos.

—¿De modo que se niega usted?

—Hija, ya te he dicho que el dinero no es mío... Si te comprometes a devolvérmelos a fin de año, mejor dicho, si me firmas un recibo como has recibido cien duros, con las garantías de las tierras de Chinchón, las cuales serán mías si al acabar el año no me devuelves los cien duros, hablaré a esa señora y quizás nos entendemos.

—¿Y eso es lo que llama usted caridad?

—Sí, señora, eso; porque otro te llevaría el ciento cincuenta por ciento. Piénsalo y encomienda el asunto a Dios.

—Veré a ver si hallo mejores condiciones en otro sitio.

—Haz lo que quieras... ¡Cincuenta duros! Cualquiera se arriesga a darlos así al tun tun...

FRAY GERUNDIO

Cuando la ley de vagos se aplicaba rigurosamente en España, un sujeto sin oficio conocido, fué llevado ante la autoridad.

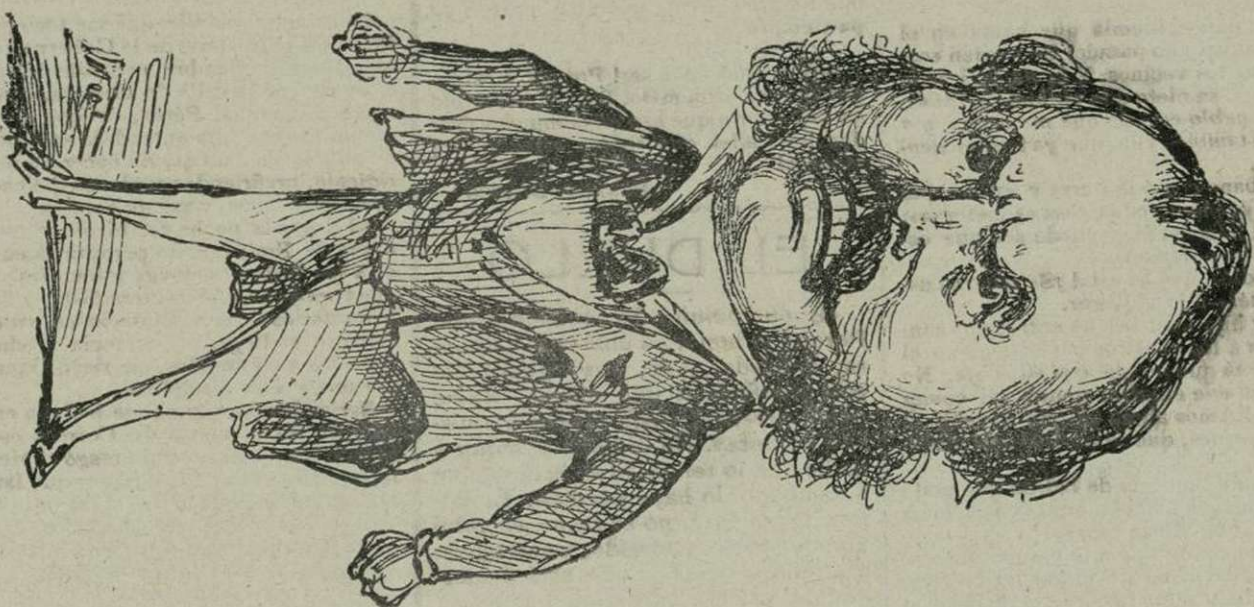
—Conmigo se comete un atropello —gritaba el detenido.— Yo tengo oficio.

—¿Qué oficio tiene usted?—le preguntó el inspector.

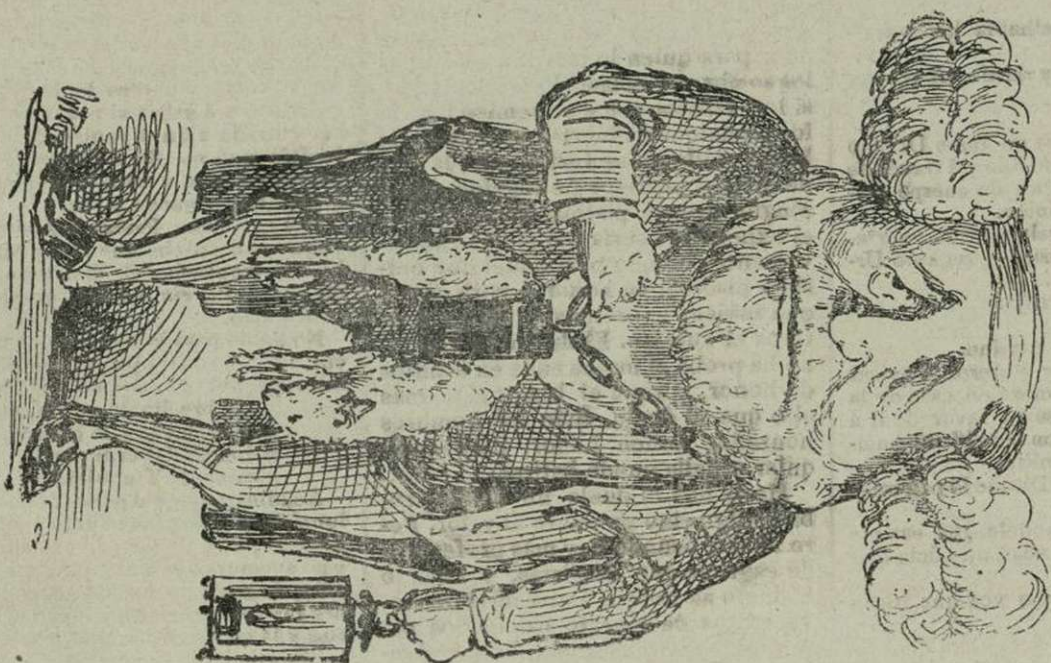
—Pues... vendo palmas el domingo de Ramos.



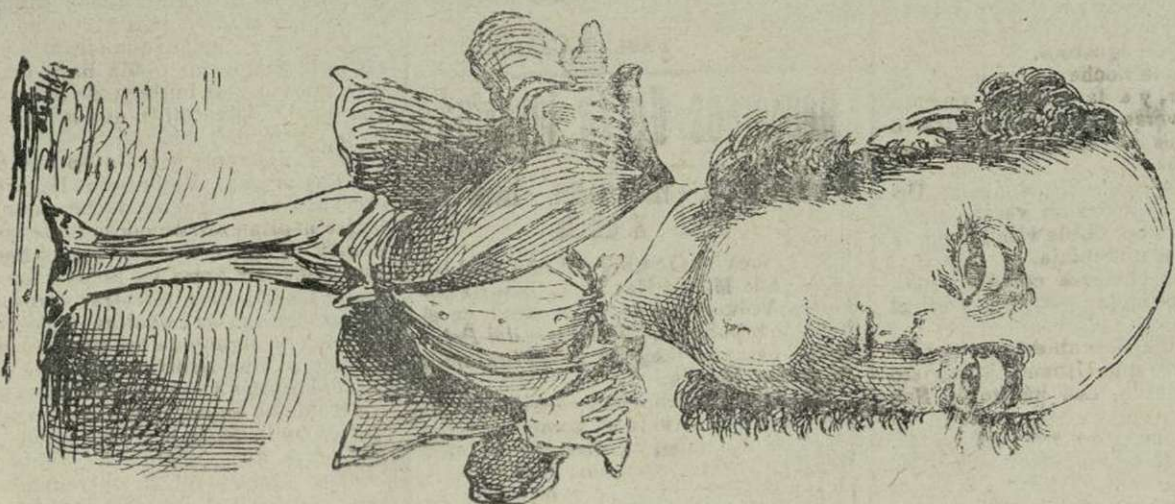
# EL MOTIN



RÍOS Y ROSAS.



OLÓZAGA.



SILVELA.



## PUEBLO FELIZ

¡Vaya una epidemia que había en el pueblo aquel año pasado! Se morían «como agua» los vecinos. Y la tía Jacinta le escribió á su nieto que viniera de Pinseque al pueblo este de que me ocupo, por si moría también ella, que ya tenía ochenta años.

Y Urbano cogió la burra y en un par de días se plantó en la casa «abuelerna», como la llamaba él, y puede ser que estuviera bien llamada.

—¡Redíos, qué es esto! ¿Se mueren ustedes á qué?—dijo al llegar.

—¡Ay hijo mío! Les ha entao una zangarriana á tós nuestros parientes, que el foso está que no pue con su alma. No hace más que enterrar gente; ¡ni comer le dejan! Amos ahora mismo á velar al tío Jeribeques, que sa muerto esta mañana.

—¡S'habrá muerto de ladrón que era!

—No tengas mala lengua; cena y echa á correr, que allí te espero.

Urbano cenó y fué á la casa mortuoria y veló toda la noche al tío Jeribeques, que estaba vestido con hábito de franciscano.

—No sabía yo que s'había hecho fraile...

—¡Chis! No hables y rézale. ¡A rezar y á callar!

—Bueno, bueno.

Al día siguiente pasa mi buen Urbano por la calle mayor del pueblo y á través de una reja ve á un hombre de cuerpo presente vestido de dominico.

Varias mujeres lloraban en la puerta.

—¿Quién es el muerto?—preguntó Urbano.

—El que está en la caja.

—Muchas gracias.

Y siguió Urbano su camino.

Pasaron unos días y vinieron á avisar que si había algún hombre en casa de la tía Jacinta que hiciese el favor de ir á una casa de la plaza donde había un hombre moribundo sin familia.

—Anda, ¡ijo, anda; Dios te lo pagará—dijo la abuela.

—Pero oiga usted, abuela, ¿pa eso me ha llamao usted? ¿Pues vaya un oficio que me dan á mí!

—Anda, hijo mío; ¿no ves que hien que no tiene familia?

Urbano se metió en la faja un doblero y un pedazo de chorizo catalán y fué á la casa, donde una vecina le llevó al cuarto del «calabre». Por cierto que el «calabre» estaba vestido de agustino.

Urbano pasó la noche cumpliendo su piadoso deber, y á la mañana, cuando salió para volverse á casa, vió que traían cuatro hombres un cuerpo muerto en unas parihuelas.

—¡Estamos aviaos!—iba diciendo Urbano.—No va á quedar un vecino vivo. Será cosa de beber doble vino, á ver si nos defendemos una miaja.

Llegaron los hombres con él, y para descansar dejaron las parihuelas en el suelo.

El muerto iba descubierto y vestido como el primero que Urbano había visto al llegar al pueblo, con hábito de San Francisco.

—¿Otro?—pensó y se rió á sus solas. Y en llegando á casa, dijo:

—¡Abuela!

—¡Holá! ¿Ya has velao al muerto?

—Sí, señora, y vengo muy contento.

—¿Por qué?

—Ahora mismo va usted á escribir á mi padre que me envíe mi ropa y too lo mío, porque en este pueblo me quedo yo pa siempre.

—¿Y por qué?

—¡Por qué ha é ser! Porque aquí no pue ocurrir nada malo. Este es el pueblo de más suerte que hay en el mundo. ¡Todos los frailes que tienen ustés se les mueren!

EUSEBIO BLASCO

## EL DUELO

«El duelo nunca ha probado nada. Porque el honor es una cosa preciosa, delicada, pura, cuya guarda le está confiada á uno mismo. Nadie puede arrebatárnoslo ni manchárnoslo á voluntad. No se quita el honor á nadie que lo tenga, ni se le devuelve á nadie que lo haya perdido. El honor, felizmente, no es como el reloj que puede ser sustraído, y entregado alternativamente, y que está á merced del primer ladrón que pasa.

Solamente uno mismo puede perder ó manchar su honor. Y tanto peor para quien lo pierda; porque si los sombreros aplastados se planchan, si los zapatos rotos se remiendan, si los pantalones abiertos se cosen, el honor ajado no se restaura en la sala de ningún profesor de esgrima ni en ningún tiro de pistola. Si así fuese, el expediente sería por cierto excesivamente cómodo para aquel que quisiera pisotear su honor ó para aquel que tuviese la pretensión de arrebatárselo el vuestro. El duelo, lo repito, no ha probado nunca nada en asuntos de honor, porque el honor está más alto que el duelo. Sólo los hombres honrados tienen honor, pero cualquier canalla puede batirse.

Hasta hoy el duelo no había probado algo sino en punto al valor. Pero ahora, cuando hay más profesores de esgrima que duelistas, y cuando el duelo se reduce á una serie de movimientos de aparato calculados para no ofender ni ser ofendido, el duelo no prueba absolutamente nada en materia alguna.»

PAUL DE CASAGNAC

## Recuerdos de la juventud

Mi primera guardia.—Pasillo cómico.—Escena dramática.—Mi dimisión.

En el mes de Octubre del año 1868 ingresé en la Milicia Nacional, llamada entonces Voluntarios de la Libertad, en el batallón republicano *Tiradores del Principal*, pasando luego al de *Voluntarios de Antón Martín*.

Mandaba la compañía, elegido por el voto de sus individuos, como todos los empleos, mi amigo y correligionario don Eusebio Freixa, y éramos tenientes de ella José Alsina, y yo, con otros dos oficiales, completándola cuatro sargentos, de los cuales, dos, Manuel Pérez y Luis Aldama lo habían sido del ejército, cua-

tro cabos, un furriel, y setenta voluntarios.

La primera guardia que me tocó en el Principal (Ministerio de la Gobernación), fué el 2 de Noviembre, encargándome de la puerta de la calle de Correos, con un sargento, Manuel Pérez,—al que me llevé porque era muy entendido en asuntos de milicia y yo no quería hacer un papel ridículo, prefiriendo seguir sus indicaciones,—dos cabos, y veinte hombres.

Al llegar la noche recibí orden terminante de Freixa de no permitir la entrada á las buñoleras y aguardenteras, por que temía que esto pudiera distraer á los Voluntarios de sus obligaciones, ya que siempre su llegada y estancia producía revuelos y escándalos, queriendo mantener una severa disciplina.

Serían las doce, y yo me hallaba en el cuartito de la puerta de Correos escribiendo las partes, cuando rasgó el viento la argentina voz de una mujer que lanzó al viento la conocida copla:

«Mi padre me pega palos  
porque quiero á un andaluz,  
y al son de los palos digo  
¡viva la sal de Jesús!»

—Ya está aquí, me dije, lo que el capitán temía. Los centinelas han empezado por faltar á las órdenes recibidas.

Sali de mi cuarto, y en el patio encontré á Freixa y al otro teniente, Alsina, que venían á saber si por mi puerta había entrado alguna mujer. Manifesté al capitán que no. Se interrogó á los sargentos y cabos, y éstos preguntaron á los centinelas, negando todos.

Mal comienzo. Freixa y Alsina se volvieron al despacho que el capitán ocupaba á la izquierda del Ministerio, entrando por la Puerta del Sol, y todo quedó en silencio.

No había pasado una hora cuando otra voz, también de mujer, y de mujer joven, nos regaló el oído con este cantar:

«¡Brecito de mi amante  
que lo llevan á la guerra,  
habiendo tanto tunante  
camino de Trebujena.»

Acudimos todos al patio, donde los Voluntarios se calentaban ante una inmensa hoguera, y de donde parecía salir la voz, y no encontramos mujer ninguna. Freixa, muy disgustado, mandó encender algunos faroles y registrar el patio, las galerías y la escalera, hasta el piso entresuelo. El resultado fué negativo. Aquel registro, aquel ir y venir, aquellas luminarias tenían algo de pasillo cómico ó bufo. Decidió el capitán que oficiales y clases formáramos una ronda hasta coger á la mujer que se burlaba de nosotros y aun de los Voluntarios, que la oían pero no la veían.

Indudablemente aquello no era natural. Los mismos Voluntarios llegaron á preocuparse. Algunos decían que esa mujer habría entrado por la tarde con su cesta y su aguardiente y sus buñuelos, escondiéndose entre los arcos y los pilares de las galerías; mientras otros eran de parecer que la buñolera sería hija ó parienta de alguno de los empleados del Ministerio, que habría escuchado la orden del capitán y se estaba riendo á nuestra costa con algunas parientas ó amigas. Varios milicianos me expresaron esas sospechas, que si no me atreví á dar por buenas, tampoco me decidí á rechazarlas. Yo, ¿por qué negarlo? estaba también preocupado, y lo que más me dolía era el ridículo, que siempre he temido; pensar que cien hombres estábamos



siendo objeto de burla de alguna mozuela que se había propuesto divertirse á costa nuestra... Esto era lo que más me indignaba.

Me dolía el ridículo, y el ridículo vino al fin!

Tras una larga pausa oyóse cantar una copla, muy popular entonces, con un sentimiento admirable:

«Madrecita de mi vida  
téngame usted compasión,  
que han matado en Alcolea  
a la prenda de mi amor.»

Copla que fué acogida con un aplauso cerrado, y los más entusiastas vivas.

Aquello era hermoso, pero intolerable. ¿Qué hacer?

Mi sargento y amigo, Manuel Pérez, me llamó aparte y me confesó que la cantante era un voluntario de la Compañía, que hacía comedias de aficionado, y era un gran ventrilocuo, que con su voz imitaba cuanto quería, suplicándome, en nombre suyo, que intercediera para que el capitán, tomanlo a burla, no le castigara, lo que prometí y alcancé, librándonos del disgusto, y de la mala noche que estábamos pasando.

Confieso que el desenlace fué algo inesperado, algo extraño, algo risible.

Y siguió el voluntario cantando con voz de mujer y el más puro estuio, polos, soleares, jotas y seguidillas, y los oficiales le obsequiamos... pero sin permitir la entrada a las buñoleras y aguardenteras. Se salvó... la consigna.

De lo cómico á lo dramático. ¡Así es la vida!

Una noche de Noviembre, ó quizás de Diciembre, estábamos, otra vez, de guardia en el Principal. Alsina en la Puerta de la calle de Correos y yo con el capitán en la de la Puerta del Sol, cuando vinieron a llamarle, porque su señora, que se hallaba en cinta, encontraba en peligro de muerte. Corrió Freixa á su lado, ofreciendo volver, ocurriese lo que ocurriese.

Habíale despedido y me hallaba paseando por la acera cuando llegaron á casa de las doce Miguel Meliadea,—que había sido conserje nuestro en el *Casino Democrático Popular*, y se había batido como un valiente el 22 de Junio,—y su hijo,—que era un bizarro muchacho,—y me noticiaron las voces que corrían por todo Madrid de que aquella noche iba á quitarnos el Gobierno el Principal; añadiendo, que según rumores, el general del pueblo, y de la milicia, el simpático y revolucionario Amable Escalante, había corrido al Ministerio de la Guerra á conferenciar con Prim, al objeto de impedirlo.

Yo les dije lo que ocurría á mi capitán, pero que iba á mandarle un ordenanza ya que vivía cerca, en la calle de la Escalinata, para saber si podía contar con su pronto regreso, y en caso negativo, resolver por mi cuenta. Ellos, á su vez, me prometieron avisar á los demás distritos; en el del Hospital quedaban armándose varios milicianos, que no tardarían en llegar.—Mandé un ordenanza á Freixa, que ya venía, pues su señora había tenido la suerte de dar á luz una niña, salvando el grave peligro en que se encontraba, enterándole yo de todo cuanto sucedía, que mucho le impresionó.

El capitán llamó á su despacho de la Puerta del Sol á los cuatro oficiales, y á los cuatro sargentos, y como de éstos, dos, según ya dije, Pérez y Aldama, habían servido y hecho la campaña de Africa,

á éstos se les pidió consejo en un lance tan arriesgado y tan nuevo para nosotros. Su consejo fué doblar las guardias; poner en la calle cuatro centinelas, que vigilaran las cuatro esquinas del Ministerio, avisando de cualquier novedad; dividir la fuerza, colocando la mitad en el centro de las galerías del piso principal, y en lo alto de la escalera, y esperar lo que ocurriera.

Estas disposiciones mostraban claramente que si no éramos militares técnicos, y no podíamos defender el Principal con arreglo á las leyes del arte de la guerra, éramos hombres de honor dispuestos á perder la vida en el cumplimiento de nuestro deber.

No tardaron en llegar, apesar de lo intempestivo de la hora, milicianos sueltos, y luego en grupos, de distintos distritos, bien armados, resueltos á prestarnos auxilio, ofrecimiento que agradecemos satisfechos y emocionados.

Afortunadamente nada ocurrió... entonces.

Con todo, aquella escena me impresionó. Diariamente se escuchaba, y se leía en los periódicos, que el Gobierno estaba dispuesto á arrebatar á la Milicia la Guardia del Principal, que el pueblo consideraba como suya, y a la vez como el más firme baluarte de la libertad. Pero aún se escuchaba y se leía más: que al Gobierno le molestaban los Voluntarios de la Libertad y que aprovecharía cualquier pretexto para desarmarlos.

Joven yo y entusiasta de la Milicia que mi buen padre, miliciano de 1820, me había enseñado á amar, fui madurando mi plan, y el día 8 de Enero de 1869 presenté mi dimisión, consignando en ella que al Gobierno le estorbaba la Milicia; que la *reorganización* que se intentaba era el preludio de su *disolución*; y que no me parecía justo entregar al Gobierno un arma que no él, y si nuestros sacrificios nos habían dado, arma con que le habíamos elevado, y sostenido, y que hoy deseaba arrebatarlos considerando que ya no le éramos necesarios; arma que no había de faltarnos el día en que la Patria ó la Libertad se hallasen en peligro.

E. RODRIGUEZ-SOLÍS

## ¡Si se distrae la santa!

Desde que hemos leído lo que á D. José Gómez Vargues, mayor de edad, vecino de Codella (Granada), y casado, por más señas, le ha ocurrido en la lengua y con la lengua, tenemos la nuestra reseca.

El buen Gómez—Gómez es creyente y es bueno—, notó que el órgano del gusto le crecía de un modo alarmante: tan alarmante, que se le salía del estuche. Y no podía, en verdad, explicarse las causas del fenómeno. El no se la había mordido jamás. El no tenía en el pueblo fama de mala lengua. El no la sacaba á paseo nunca ó casi nunca. El, en suma, no se extralimitaba en el uso del supradicho órgano más que alguna que otra vez: cuando creía del caso producir un chasquido de satisfacción á la vista de algún manjar apetitoso...

Así, pues, Gómez, con la lengua

colgando y á punto de asfixiarse, sufría, al par que los dolores físicos, los tormentos morales que de su certidumbre de no merecer parecidos quebrantos, y en semejante sitio, se derivan.

El galeno á quien acudió en consulta tampoco halló la causa ni el remedio. Un enfermo á quien no hay que ordenar «¡saque usted la lengua!», sino «¡meta usted la lengua!», es en efecto, un paciente que desorienta.

Gómez estaba condenado á morir haciendo una mueca de burla á los seres queridos que le rodeaban.

Y ocurrió algo desconcertante. Uno de estos seres queridos, una su hermana, Filomena de nombre, salió corriendo de la estancia invadida por la lengua de Gómez, y fué á postrarse en oración ante la tumba de una monja, muerta en penetrante olor de santidad.

De la lengua de Gómez empezó al punto á desprenderse un hilito de un líquido viscoso; tal vez saliva. Y la lengua, el imponente órgano de Gómez, fué perdiendo volumen, y volumen, y más volumen, y á retraerse y á reducirse al compás mismo que de los labios de su hermana brotaba la acongojada oración á la difunta...

—¡Madre Sacramento, intercede por él!...

(Un centímetro menos.)

—¡Madre Sacramento, ruega por él!...

(Otro centímetro.)

—¡Madre Sacramento, apiadate de él!...

(Nuevo tironcito.)

Y sólo cuando Gómez encontró la lengua de un tamaño decoroso y la movió á placer dentro de la boca y olfateando el vaho de los manjares puestos á la lumbre la pudo hacer chascar alegremente, dejó de actuar la milagrosa Madre Sacramento, abogada indiscutible de las «malas lenguas» (trasposición se llama esta figura).

¡Oh, si la santa se distrae y la lengua de Gómez se sigue retrayendo al compás de la oración de Filomena!

Porque el milagro, el verdadero milagro, está en que Filomena pasó en oración toda una noche, y que Gómez encuentra su lengua lo mismo que antes de la extraña inflamación. Un poquito, muy poco, más pequeña. Lo que tardó la santa en percatarse de que Gómez estaba servido y recompensada la fe de Filomena...

¡Madre Sacramento, si te dejas llevar de Filomena!...

DOCTOR AGRE

*El Liberal*

## Poesías festivas anticlericales

Cuatro tomos, á peseta cada uno



## Sonetos escogidos

Si quien ha de pintaros ha de veros,  
y no es posible sin cegar miraros,  
¿quién será poderoso á retrataros,  
sin ofender su vista y ofenderos?

En nieve y rosas quise floreceros,  
mas fuera honrar las rosas, y agraviaros;  
dos luceros por ojos quise daros,  
mas ¿cuándo los soñaron los luceros?

Conoci el imposible en el bosquejo;  
mas vuestro espejo á vuestra lumbre propia  
aseguró el acierto en su reflejo.

Podráos el retratar sin luz impropia,  
siendo vos de vos propia en el espejo,  
original, pintor, pincel y copia.

FRANCISCO DE QUEVEDO Y VILLEGAS

Quien se pudo alabar después de veros,  
si puede ser, que se libró de amaros,  
no mereció quereros ni m raros,  
pues que pudo miraros sin quereros.

Yo, que lo merecí sin mereceros,  
mil almas, cuando os vi, quisiera daros,  
si lo que me ha costado el deseáros  
á cuenta recibís del ofenderos.

Mandame amor que espero, y no le creo,  
por lo que dicen que esperando alcanza,  
aunque tan alta la esperanza veo.

Pero si os ha ofendido mi esperanza,  
dejadle la venganza á mi deseo,  
y no queráis de mí mayor venganza.

LOPE DE VEGA CARPIO

Si muerto han de adorarte mis despojos  
y nunca mi alma eterna ha de olvidarte,  
la nueva religión voy á explicarte  
con que anoche soñaron mis antojos.

Hay un deber: besar tus labios rojos.  
Hay una eternidad: la de adorarte.  
Hay un infierno: esquivar contemplarte.  
Hay un Dios en la tierra: son tus ojos.

Hay un cielo: vivir al dulce abrigo  
de tu seno, contar enamorado  
sus latidos amantes, sin testigo;  
y después, débil ya, mas no cansado,  
en tus brazos dormir, soñar contigo,  
y luego, al despertar... ¡hallarte al lado!

LUIS DE SOTOMAYOR Y TERRAZAS

Al que ingrato me deja busco amante,  
al que amante me sigue deo ingrata,  
constante adoro á quien mi amor maltrata,  
maltrato á quien mi amor busca constante.

Al que trato de amor hallo diamante,  
y soy diamante al que de amar me trata;  
triunfante quiero ver al que me mata,  
y mato al que me quiere ver triunfante.

Si á éste pego, padece mi deseo;  
si ruego á aquél, mi pundonor enojo;  
de entrambos modos infeliz me veo.

Pero yo por mejor partido escojo,  
de quien no quiero ser violento empleo,  
que de quien no me quiere vil despojo.

SOR JUANA INÉS DE LA CRUZ

Cruzaba el hijo de la cipria diosa  
solo y sin venda la floresta umbría,  
cuando al pie de un rosal vió que dormía,  
al blando son del mar, mi Lesbia hermosa.

Y al ver pasmado que su faz graciosa  
los reflejos del alba repetía,

tanto se deslumbra que no sabía  
si aquella era mejilla ó si era rosa.

Alargó el dedo el niño entre las flores,  
y en ambos lados lo aplicó á la bella,  
formando dos hoyuelos seductores.

¡Ay, que al verla reir, la dulce huella  
del dedo del amor mata de amor! ¡  
¡feliz el que su boca estampe en ella!

JUAN NICASIO GALLEGOS

Tengo manías yo como cualquiera,  
y tocante á caprichos no se diga;  
el campo siempre verde me fatiga;  
el cielo siempre azul me desespera.

Triste la luz del sol me pareciera  
sin esa noche del dolor amiga,  
y sin la pena que el placer mitiga  
hasta la vida misma aborreciera.

Pues esos ojos tuyos, dueño mío,  
que pueden afrentar uno y mil cielos,  
causaron mi amoroso desvarío.

No hallé sombra en su luz, no hallé desvelos,  
y mi ardiente pasión murió de frío;  
que así muere el amor cuando no hay celos.

ANTONIO GARCIA GUTIERREZ

De amor tentado un penitente un día  
con nieve un busto de mujer formaba,  
y el cuerpo al busto con furor juntaba,  
templando el fuego que en su pecho ardía.

Cuanto más con el busto el cuerpo unía,  
más la nieve con fuego se mezclaba,  
y de aquel santo el corazón se helaba  
y el busto de mujer se deshacía.

En tus luchas por amor de quien reniegas,  
se unen siempre el invierno y el estío,  
y si uno ama sin fe, quiere otro ciego.

Así te pasa á ti, corazón mío,  
que al juntarse la nieve con tu fuego,  
por matar de calor, mueres de frío.

RAMÓN DE CAMPOAMOR

¡Es en vano intentarlo! Cuando el río  
en su profundo cauce retroceda,  
quizás se apiade el cielo y me conceda  
todo el valor que para odiarte ansío.

Pugno por olvidarte, y mi albedrío;  
más en los lazos de tu amor se enreda;  
seguir tus pasos el deber me veda  
y me arrastra á tus pies á pesar mío.

Tu páfida beldad me infunde miedo;  
quiero escapar de tí, juro no verte,  
y á tus halagos y caricias cedo.

Y es tanta mi desdicha y tal mi suerte,  
que, conociendo tu traición, no puedo  
estimarte ¡ay de mí! ni aborrecerte.

GASPAR NÚÑEZ DE ARCE

Me parecen tus piés, cuando diviso  
que la falda traspasan y bordean,  
dos niños que traviesos juguetean  
en el mismo dintel del Paraíso.

Quiso el amor y mi fortuna quiso  
que ellos el fiel de mi balanza sean:  
de pronto; cuando salen, me recrean;  
cuando se van, me afligen de improviso.

¡Oh piés idolatrados, yo os imploro!  
y pues sabéis mover todo el palacio  
por quien el alma enamorada gime,  
traed á mi regazo mi tesoro,  
y yo os libraré por largo espacio  
del riquísimo peso que os oprime.

A. LÓPEZ DE AYALA

## SECCION AMENA

El presidente:

—¿Con que usted confiesa  
que es una especialidad en ro-  
bar relojes y portamonedas?

El acusado:

—Sí, señor; lo hago mejor  
que nadie, sea dicho sin ofen-  
der al tribunal.

Presentóse ante un tribu-  
nal, como testigo, un hombre  
tan conocido por embustero,  
que el presidente, antes de  
tomarle juramento, consultó  
á los demás magistrados.

—No hay más remedio, di-  
jeron todos, que invertir la  
fórmula.

—¿Jura usted no decir ver-  
dad?, le preguntó el presi-  
dente.

El testigo declaró lo que  
sabía.

En un tribunal:

—¿Cómo se llama usted?

—Mariquita X.

—¿Cuál es su profesión?

—No tengo ninguna.

—¿De qué vive usted?

—Vivo á expensas de...

—¿De quién?

—De mi reputación.

A Quintánez le han dado  
una bofetada y en el juicio de  
faltas el juez municipal con-  
dena al agresor á pagar á  
Quintánez cien pesetas de in-  
demnización.

Al día siguiente encuentra  
un amigo á Quintánez en la  
calle de Sevilla.

—¿Cómo se arregló aque-  
llo?

—Bien; pero ya me he gas-  
tado las cien pesetas... Nece-  
sito que me den hoy un par  
de bofetadas.

El guardia.—Dese usted  
preso.

El ladrón.—¿Por qué?

—Ha robado usted un col-  
chón. Hay quien se lo ha vis-  
to á usted sacar de la colcho-  
nería.

—Esa es una calumnia...  
¡Regístreme usted y se con-  
vencerá!

Ante un juez:

—Se le acusa á usted de  
*distracción de fondos*, ¿es  
cierto?

—Es posible, señor juez;  
yo soy muy *distruido*; siem-  
pre que quiero meterme las  
manos en los bolsillos del pan-  
talón, echo de ver que las he  
metido en los bolsillos... de  
los demás.

LA ITALICA, VELARDE, 12.